El Pájaro y Gomez acabaron de almorzar con cierta intranquilidad y precipitacion, se levantaron de la mesa, salieron al corral donde los esperaba el muchacho, teniendo del ronzal los caballos, montaron y salieron de la casa sin haber vuelto á dirigir la palabra á la muger que les habia servido.

CAPITULO XXXIV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR Y DOS PALABRAS DEL AUTOR PARA CERRAR ESTE PRIMER TOMO.

GOMEZ y el Pájaro tomaron la direccion de la cueva en donde estaba oculto D. Santiago, y no habian andado mucho, cuando vieron venir hácia ellos un ginete á paso apresurado.

—Mire Don..... dijo Gomez al Pájaro.

—Ha de ser el Chato.

—¡Adios! ¿Pues de qué color es el caballo?

—Es el alazan cuatralvo.

—Y viene recio.

—Es que nos ha *devisado*.

Acortaron los ginetes el paso para no alejarse del punto en que debian reunirse con el Chato.

En efecto, á poco rato estaban juntos.

—¿Qué hay? preguntó el Pájaro.

—Que esta tarde pasa por las barrancas la familia de la hacienda grande.

—¿Vienen muchos?

—Son *hartitos*.

—¿Y armados?

—Traen sus pistolitas; pero casi todos son catrines de ¡ay mamá!

—¿Y Angulo?

—Ya estuvo con la galopina: dice que solo ha visto dos rifles; pero que el catrin Castaños y el catrin Santibañez son pelones.

—¿Y los muchachos donde están? preguntó el Pájaro.

—Lo que es los mios, ahí *nomas* en la arboledita; pero ál os otros, es necesario avisarles para que vayan llegando á la hora.

—¿Cuántos son por todos?

—Podrémos ser como doce.

—¿Qué dice, D. Gomez?

—Que somos pocos.

—¡Adios de pocos!

—No vé que traen rifles.

—¡Pues usté sí que anda templando temprano!

—¡Yo, no: vamos!

—Ya sabe, amigote, que no hay que *rajarse*.

—Yo decia que podiamos dejar á D. Santiago en la peña.

—¿Y si se vá?

—¡Qué se ha de ir!

—Lo que es por esta noche, lo dejamos con uno que lo cuide.

—¡Eso es, para que el otro venga con nosotros, para que seamos siquiera trece! dijo Gomez, pensando en los rifles de los pasajeros.

—Oiga, Don Gomez; dijo el tercer ginete si viera que D. Angulo me contó una cosa.

—¿Qué le contó, amigo?

—Pues dice, que anoche llegó una señora á la hacienda; pues..... una pobre que venia caminando y que no la dejaban entrar.

—¿Y que tengo yo que ver con eso? dijo Gomez con enfado.

—Yo no digo que tenga que ver, sino que como Don Angulo el raton, rasca por todas partes, me dijo: pues anda y dile á Gomez, que aquí esta una señora, que le importa.

—¿A mí?

—Pues eso me dijo: díle que ya sabe que es de la que me ha contado.

—Qué contado, ni que.....

—Pues usté hará lo que quiera.

—¿Y quién es esa?

—Pues me dijo Angulo que una señora y que estaba muy compadecido y que luego que la vió, dijo: Ay, si la viera D. Gomez hasta *muina* le habia de dar, de verla en ese estado.

—¡Adios!

—Por vida de usté.

—¿Pero no le dijo cómo se llama la señora?

—Salomé.

—¿Cómó? exclamó Gomez parándose ¿cómo dice que se llama?

—Pues doña Salomé.

—¡Pero hombre.....

—Yo digo lo que me dijo D. Angulo.

—¿Y usté la vió?

—Yo nó, ya sabe usté que no bebo agua por la hacienda; pero lo que es D. Angulo, hasta sabe que esa señora pobre y todo como es, creo que es amiga de la señora doña Refugio, la rica.

—Gomez lanzó una terrible imprecacion, echándose para atrás su gran sombrero y se dirigió hácia el *Pájaro* para decirle.

—Oiga, amigo; aunque sea con cinco muchachos, pero buenos, les caimos esta tarde.

—¡Adios! mire que valiente se ha puesto de repente.

—Sí, vale, y lo que es yo, no cojo nada de lo que llevan.

—¿No, pues qué?

—Nada mas una muger que viene con ellos.

—¡Adios! ¿y qué va hacer con otra muger, pues no tiene tantas? usté si que.....

—No le hace, vale; yo me la llevo porque me pertenece.

Esto lo decia Gomez sin seguir caminando.

—Bueno: dijo el *Pájaro*, usté se la llevará, pero vamos á ver á D. Santiago.

—No, vale; vaya usted á dejarlo seguro y á traerse al otro muchacho; yo aquí me quedo mientras llega la hora, porque lo que es esa muger no se me escapa.

—Ande, vamos.

—No, amigo: yo me quedo y aquí nos vemos.

—Quiere decir que aquí nos juntamos á la tarde.

—Aquí lo espero, vale.

—Pues hasta luego.

José María Gomez arrendó su caballo hácia la montaña vecina, y el bandido que le habia llevado la noticia de la aparicion de Salomé lo siguió á corta distancia.

Caminaron así por espacio de una hora sin que Gomez desplegara los labios ni se cuidara del que lo seguia.

Habian llegado á lo mas espeso de una arboleda que se levantaba al pié de una montaña.

El caballo de Gomez se paró allí como obedeciendo á una antigua costumbre.

—¿Pero, es cierto, vale, todo lo que me ha dicho? mire que estoy decidido á todo, á jugar la piel por juntarme con esa muger.

El vale no contestó, y Gomez se quedó profundamente pensativo.

Diez años de recuerdos se agolpaban en su imaginacion: se reproducian con una claridad inusitada y deslumbrante todas las escenas de aquellos amores que habian logrado hacer tan honda huella en el corazon de Gomez, y volvia á sentir las mismas inquietudes de otro tiempo como si aquel periodo fuera estinguiéndose á la viva luz de sus recuerdos.

Se echaba en cara en aquel momento haber sido omiso para buscar á Salomé; conocia que el haberla abandonado habia sido una accion infame, pero recordaba tambien los mil contratiempos, las prisiones que habia sufrido y las mil peripecias de su vida fatigosa é inquieta, y todas estas contemplaciones y recuerdos le hacian probar una amargura profunda y desgarradora.

Pero la idea que mas lo atormentaba y que le hacia desear la venida de la tarde, era la de figurarse á Salomé en poder de otro hombre: considerar que ya no le pertenecia y que tendria que arrancarla de otros brazos, lo hacia devorar el fuego de sus celos, reducido á una impotencia que lo entregaba á la desesperacion.

Largo tiempo estuvo Gomez entregado á sus tristes pensamientos, hasta que conociendo que se aproximaba la hora del asalto, salió de la arboleda para reunirse con sus compañeros.

De entre estos hubo quien diera á Gomez noticias mas fidedignas y pormenorizadas acerca de Salomé; persona que habia visto á los viajeros montar en los coches habia dicho que la muger á quien doña Refugio habia amparado, caminaba en uno de los últimos carruajes; de manera que Gomez eligió dos de entre sus *valedores* con objeto de atacar el convoy por la retaguardia.

Nuestros lectores saben ya el resultado de esta expedicion.

Gomez, segun su costumbre, se habia dado valor por medio de libaciones repetidas, tanto mas frecuentes, cuanto que se trataba de un asunto de la mayor importancia.

Este procedimiento, si bien por una parte le proporcionó á Gomez toda la suma de valor que necesitaba, para afrontar las balas de los pasajeros, le hizo por otra parte llegar á un momento en que, perdiendo la conciencia de sus acciones, creyó deber ponerse en salvo antes de que el caso así lo requiriera.

.....

Al llegar á este punto de nuestra narracion, tenemos el deber de dirigirnos al benévolo lector, de cuya bondad creeriamos abusar si no lo pusiéramos al tanto de nuestras circunstancias del momento como escritores.

Desde que el autor de la «*Linterna Mágica*» dió en la idea de escribir novelas (lo confiesa ingénuamente) ha creido invadir uno de los mas espinosos terrenos de la literatura; y si bien con mas temor que suficiencia, no por eso mas seguro de haber acertado. En casos como el presente, que son los mas, Facundo tiene el buen sentido de consultar á quien mas sabe, y buscando entre sus ami-

CAPILLA ALFONSINA

gos y compañeros en las letras, quien le hiciera provechosas y acertadas advertencias, ha consultado muchas opiniones, de las cuales se ha desprendido sin esfuerzo el siguiente corolario:

«Facundo debe dar mas estension á sus novelas.»

Facundo necesitaba, en efecto, de este consejo; pues en lo general está poseido del temor de fastidiar á sus lectores, y preocupado con esta idea, suele caer en el extremo opuesto; quiere decir, en la rapidez de la descripcion y en la precipitacion en el relato de los acontecimientos.

Aceptando de lleno estas indicaciones, el autor de esta obra ha escrito ahora con mas tranquilidad, sin cuidarse mucho de las dimensiones de su manuscrito y sin preocuparse con el límite prescrito editorialmente á sus libros.

El inmediato resultado de la consulta, ha sido este: «*Las gentes que son así*» será una novela en dos tomos, por exijirlo así el carácter, la exposicion, el enredo y el desenlace de la obra.

FIN DEL PRIMER TOMO.

CAPILLA ALFONSINA

INDICE.

CAPITULO I.—Preámbulo 7
CAPITULO II.—En el que comienza la historia de una de las gentes que «son así.» 13
CAPITULO III.—Desarrollo del organo de la adquisividad 23
CAPITULO IV.—Continúa la historia de José María Gomez 35
CAPITULO V.—Gabriel 47
CAPITULO VI.—El viento de febrero 59
CAPITULO VII.—Dos compadres curiosos 69
CAPITULO VIII.—El rapto y la creciente curiosidad de los compadres 79